

Un récord de compromisos

Hechos es un libro de cambios. Registra un tiempo de toma de decisiones, un tiempo de “obedecer ahora” o de rechazar el llamado de Jesús. Revela, por parte de los apóstoles, su continua búsqueda de personas que respondieran al evangelio y sus vehementes instancias a los hombres y a las mujeres a responder al poder envolvente de la gracia de Dios. El lector es impactado con la verdad, en el sentido de que la historia de Jesús apelaba a drásticos e inmediatos cambios.

Este libro no deja espacio para andar con paños tibios —no hay refugio para el que demora la decisión, no hay comodidad para el que duda, no hay simpatías para el que quiere probar una solución a medias. Cada relato habla, ya sea, de un compromiso firme, o de un rechazo, algunas veces era un rechazo con enojo, el cual se convertía en persecución para el predicador. Esto es una reminiscencia de las fuertes palabras de Jesús que decían: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Mateo 12.30).

EL COMPROMISO DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

Durante el clímax de la vida de Jesús, los apóstoles se mostraron débiles, confusos, vacilantes y algunas veces hasta cobardes. Para el arresto de Jesús en el huerto, todos lo abandonaron y huyeron (Mateo 26.56; Marcos 14.50). Pedro lo siguió de lejos (Marcos 14.54; Lucas 22.54), pero luego maldijo y negó conocerlo (Lucas 22.60). Si el hombre anónimo que se menciona en Juan 18.15–16, era Juan, entonces vemos que éste estuvo profundamente preocupado al entrar al patio del sumo sacerdote con Jesús, siendo conocido él mismo por

el sumo sacerdote. Posteriormente, salió y trajo a Pedro con él. No obstante, a ninguno de los dos se les menciona como defendiendo a Jesús, ni objetando a la decisión de Pilato. ¡No ayudaron a llevar la cruz, ni ayudaron a sepultar el cuerpo de Jesús (Lucas 23.50–53)!

Estos mismos hombres después dieron testimonio valiente y auténtico de la resurrección de Jesús, y lo hicieron con gran poder (Hechos 4.33). Cuando eran perseguidos, oraban para obtener denuedo para continuar predicando acerca de Jesús como el Cristo, y esto sucedía aun inmediatamente después de que se les ordenaba que no lo hicieran más (Hechos 4.29). Se les decía que no hablaran más en el nombre de Jesús (Hechos 4.18), pero obedecían a Jesús más que a los oficiales judíos (Hechos 4.19–20; 5.28–29).

Estos apóstoles continuaron resistiendo crecientes persecuciones. Aunque eran arrestados y puestos en la cárcel, ellos continuaban predicando cuando el ángel los liberaba (Hechos 5.18–20). Cuando eran traídos de nuevo ante el concilio, eran objeto de regaños, de cuestionamientos, de castigos y al final eran azotados ilegalmente (Hechos 5.27–40). Aún entonces, enfrentando la posibilidad de una terrible persecución pública por parte de los judíos más prominentes del territorio, y con sus espaldas chorreando sangre sobre las polvorosas calles de Jerusalén, los apóstoles regresaban a sus iguales cristianos, y ¡se regocijaban de haber sido tenidos por dignos de sufrir oprobio por el nombre de Jesús (Hechos 5.41)! A pesar de las persecuciones con peligro de muerte, estos hombres, que anteriormente eran como corderos, ahora habían llegado a ser como leones de valentía y continuaban predi-

cando todos los días en cualquier oportunidad que tuvieran (Hechos 5.42).

Las mujeres eran considerablemente diferentes; pues aunque estuvieron en la sombra llorando por la muerte de Jesús, desplegaron muchísimo menos vacilación emocional (Lucas 23.27–31). Embellecieron la tumba de Jesús (Lucas 23.55–56) y fueron temprano el primer día de la semana al sitio de la tumba (Mateo 28.1). Estas mujeres, María la madre de Jesús, María Magdalena, Salomé, Juana y la “otra María” (tal vez la madre de Jacobo) fueron las primeras en darse cuenta de que la tumba estaba vacía (Mateo 28.1; Marcos 16.1–2; Lucas 24.10).

Estas mujeres fueron leales para estar presentes entre los 120 discípulos que se reunieron en el aposento alto para la ocasión de la escogencia de Matías como apóstol (Hechos 1.14–26). Pareciera, por lo tanto, que las mujeres que había entre los discípulos de Jesús, siempre estuvieron allí, mostrando su apoyo silencioso durante los juicios y la crucifixión de Jesús y suavemente cuidándolo en su muerte y sepultura. Estaban acérrimamente comprometidas después de su resurrección e incluso sostuvieron reuniones de damas para orar durante uno de los encarcelamientos de Pedro (Hechos 12.12).

José de Arimatea reclamó el cuerpo de Jesús de la cruz y lo sepultó. Su discipulado fue bastante poco usual, pues era un miembro del concilio (Lucas 23.50). Había mantenido su fe en secreto “por miedo de los judíos” (Juan 19.38). Su acción pública de reclamar el cuerpo de Jesús, hizo que su discipulado dejara de ser un secreto. Nicodemo le ayudó a José en la sepultura y proveyó las especies para ungir el cuerpo (Juan 19.39–40). También era miembro del concilio, un “principal entre los judíos” (Juan 3.1). Dado que estos dos hombres tuvieron el denuesto de involucrarse personalmente en la sepultura del cuerpo de Jesús, se puede suponer que la estatura de ellos entre los del concilio y la comunidad judía cambió considerablemente después de exhibir su compromiso con Jesús.

Los 120 hermanos, menos de seis semanas después de la crucifixión, mostraron una acérrima lealtad al continuar reuniéndose (Hechos 1.15). Además de los apóstoles y las mujeres, los hermanos de Jesús también estuvieron presentes. Anteriormente, los otros hijos de María no habían creído en Jesús como el Mesías. Ellos se habían burlado de Jesús por no ir a la fiesta de los tabernáculos para probar sus alegaciones por medio de obrar milagros (Juan 7.1–5). Uno de estos medios-hermanos, Jacobo, después llegó a ser prominente en la iglesia, presidiendo en la reunión que se llevó

a cabo en Jerusalén, acerca del problema de la circuncisión (Hechos 15.13). También fue mencionado como una “columna” de la iglesia que estaba en Jerusalén (Gálatas 1.19; 2.9, 12), y fue el autor inspirado de una de las epístolas del Nuevo Testamento (Santiago 1.1).

Fueron dramáticos los cambios que ocurrieron desde el arresto y los juicios de Jesús hasta el día de Pentecostés. Anteriormente, los discípulos habían flaqueado; después les sobrevino gran temor (respeto) por el Señor (Hechos 2.43). Los primeros cristianos se mostraron unidos en cuanto a creencias y prácticas; se mostraron compasivos y llenos de cuidadoso amor los unos por los otros; y mostraron tener un vínculo de unidad y de comunión en la adoración de ellos (Hechos 2.42–44). Llenaron las necesidades de sus iguales cristianos de una manera sacrificada, raramente observada anterior o posteriormente (Hechos 2.44–45; 4.32–35). Algo había ocurrido en las vidas de ellos lo cual resultó en un compromiso de fama resonante para todos los tiempos.

EL COMPROMISO DE OTROS

Echémosle una mirada a muchas personas de gran valentía en Hechos, quienes comprometieron sus vidas a Cristo. Uno de ellos fue Bernabé, un levita, quien poseía un terreno en la isla de Chipre; y quien, cuando fueron necesarios algunos fondos entre los primeros discípulos, procedió a vender el terreno y puso el dinero a los pies de los apóstoles para que éstos lo distribuyeran entre los necesitados (Hecho 4.36–37). Posteriormente intercedió a favor de Saulo de Tarso entre algunos hermanos que le temían a éste, debido a que había sido tan prominente en unas terribles persecuciones (Hechos 9.26–27). Bernabé, evidentemente, consagró su vida a la predicación, pues fue con Pablo al primer viaje (Hechos 13.2). Al término de ese viaje, fue con Pablo a Jerusalén para tratar el problema de la circuncisión (Gálatas 2.1); pero se dejó llevar, junto con Pedro en algunas actuaciones erradas. Como resultado de lo anterior, Pablo pensó que tuvo que regañarlos a los dos (Gálatas 2.13–14). Bernabé continuó siendo un maestro y predicador destacado en Antioquía (Hechos 15.35), también haciendo viajes misioneros después de que se separó de Pablo (Hechos 15.39). El también estaba comprometido con Cristo.

Esteban, un bondadoso gigante de la predicación, estaba intensa y valientemente comprometido con el Señor. No le tuvo miedo a los peligrosamente agitados judíos; cuando perdía su vida fue capaz, de orar por los que le mataban (Hechos 7.54–60).

Felipe era uno de los siete siervos especiales que ayudaron a corregir el descuido en que se cayó, de algunas de las viudas de los griegos que había entre los discípulos (Hechos 6.1–5). Posteriormente salió de Jerusalén y entró a la ciudad de Samaria a predicar en un gran despertar espiritual el cual resultó en muchas personas respondiendo al Señor (Hecho 8.5–6). Al salir de esa gran obra, por el llamado de un ángel, encontró otra grandiosa oportunidad cuando se le unió a un etíope que iba en su carruaje y “le anunció el evangelio de Jesús” (Hechos 8.26–35). Después, predicó en Azoto y continuó predicando en todas las ciudades en la ruta a Cesarea (Hechos 8.40). Hay registro de que años más tarde estaba en Cesarea, donde todavía era un evangelista, y donde tenía cuatro hijas vírgenes quienes poseían el don de profecía. Fue anfitrión de Pablo y de los compañeros de éste cuando regresaron del tercer viaje misionero de Pablo (Hechos 21.8). Su vida había estado comprometida con Cristo.

Saulo de Tarso llegó a ser uno de los soldados destacados de la cruz, fue intenso en todo lo que hizo (Hechos 9.27–29). Anteriormente, había sido igual de intenso, como perseguidor de los cristianos (Hechos 7.58; 8.1; 9.21). Su decisión de comprometerse con Jesús como el Cristo es uno de los eventos más sobresalientes de la historia temprana de la iglesia. ¿Qué otra cosa le hizo cambiar de idea, sino, la indiscutible verdad de que Jesús probara ser el Hijo de Dios por medio de su resurrección de entre los muertos (Romanos 1.4)? Lucas registró que después de la conversión de este gran perseguidor, las congregaciones que había en tres provincias de Palestina tuvieron paz y pudieron crecer rápidamente (Hechos 9.31). ¡El compromiso de Saulo con Jesús significó una diferencia en la iglesia primitiva!

Dorcas, la mujer conocida por sus “buenas obras” que vivía en Jope, mostró tener un silencioso y digno compromiso en el cuidado de otros. Consagró sus capacidades para cuidar de otros al servicio del Señor en formas que hicieron que su nombre fuera admirado y respetado por muchos (Hechos 9.36–39). El compromiso de ella con el Señor pudo verse después de su muerte, en los resultados tangibles de su trabajo y generosidad.

Cornelio era un hombre tan bueno en lo moral hasta el punto que pocos, aun hoy, se atreverían a comparar su carácter moral con el de este hombre (Hechos 10.1–2, 22). Fue el primer gentil en ser convertido al Señor, y la historia de su conversión es una señal de lo que Jesús hizo para romper los prejuicios raciales.

Sergio Paulo era un líder de gobierno, un procónsul en Pafos en la isla de Chipre. Éste se comprometió con Cristo cuando vio que Pablo hizo que Elimas el mago quedara temporalmente ciego por ser tan engañoso y tan fraudulento al oponerse a la obra de Pablo (Hechos 13.6–12).

Lidia una mujer negocios originaria de Tiatira, la cual se encontraba de visita en Filipos, se encontró con Pablo en un lugar de adoración. Siendo ya una adoradora de Dios, ella rápidamente respondió a la verdad y convenció a Pablo y a los acompañantes de éste de que aceptaran su hospitalidad (Hechos 16.13–15). La generosidad y hospitalidad de ella, eran evidencias de su compromiso.

El carcelero de Filipos le dio un giro a su vida en el cual llevó a todos los de su familia a convertirse en cristianos (Hechos 16.27–34). Su preocupación inmediata por el bienestar de sus golpeados prisioneros, Pablo y Silas, evidenció su arrepentimiento. Incluso los trajo hasta su morada, donde les dio cuidados y los alimentó.

Crispo, un principal de la sinagoga que estaba en Corinto, judío, se unió a Pablo en resistir la blasfemia de sus iguales judíos. Estuvo algo solo al comienzo en su decisión de ser bautizado en Cristo, pero Lucas dio a entender que su conversión a Cristo estimuló a muchos de los otros corintios a creer y ser bautizados (Hechos 18.8). Uno debe recordar lo prominente que habría de ser un principal de sinagoga; su compromiso con Cristo habría tenido efectos aplastantes por toda la comunidad judía que estaba en Corinto.

Hechos también nos habla de un maestro llamado Apolos, el cual tuvo necesidad de más instrucción. Habiendo sido convertido bajo la enseñanza de Juan el Bautista, había comenzado a enseñar la verdad. Después del establecimiento de la iglesia, la enseñanza de Juan el Bautista había dejado de ser exacta, pues Jesús ya había muerto y el reino —la iglesia del Señor— había comenzado a tener vigencia en la tierra (Hechos 18.24–25). La obra de Apolos en Éfeso había dejado a una docena de hombres bautizados con el bautismo de Juan, un bautismo que ya no era válido. Pablo sumergió a tales hombres en Cristo, administrándoles el bautismo que Cristo mandó.¹ La primera inmersión

¹ El bautismo de Apolos en sí, era evidentemente válido, dado que había sido bautizado cuando era el bautismo de Juan lo que debía usarse. El hecho de que en el mismo contexto Lucas especificó que los doce discípulos fueron rebautizados lo lleva a uno a la conclusión de que los que fueron bautizados en el bautismo de Juan en el momento apropiado, no tuvieron necesidad de ser rebautizados el día de Pentecostés en Hechos 2.

de ellos, al ser inválida y obsoleta, no había obrado ningún cambio espiritual en ellos. Pablo estaba evidentemente sorprendido de hallar algún tipo de discípulos de Jesús en Éfeso, pues él era usualmente el primero en llegar a cualquier ciudad con el evangelio. Cuando se dio cuenta que no estaban familiarizados con el Espíritu Santo, investigó acerca del bautismo de ellos (Hechos 19.1-7). Corrigió a los doce hombres, bautizándolos como debía ser y trayendo el nuevo nacimiento a sus vidas.

Cuando Priscila y Aquila se familiarizaron con Apolos, hallaron que éste enseñaba una doctrina obsoleta acerca del bautismo de Juan. Lo tomaron aparte, en privado, y le instruyeron más exactamente, y lo pusieron al día en su doctrina inmediatamente. Continuó siendo un predicador igual de valioso y poderoso para el Señor (Hechos 18.26-28).

Apolos es un ejemplo de primer orden de lo que es compromiso. Estuvo anuente a cambiar su enseñanza sobre el bautismo cuando fue confrontado con su error. Pablo después les recordó a los cristianos que estaban en Éfeso que ellos habían sido salvos “por gracia” (Efesios 2.8-9); sin embargo, el incidente que tuvo lugar en Éfeso apoya la conclusión en el sentido de que “la salvación por gracia” incluye el revisar el bautismo de uno, aun hasta el punto de considerar el rebautismo. También incluye cambiar la doctrina que uno enseña cuando la verdad presentada revela que hay error en conceptos sostenidos anteriormente.

A Priscila y Aquila se les haya nuevamente en la obra del Señor. Fueron los primeros a quienes se les menciona como estando con Pablo en Corinto (Hechos 18.1-3). Posteriormente, viajaron con Pablo y trabajaron para el Señor en Éfeso (Hechos 18.18, 26). Estando allí, se unieron a Pablo en el saludo a los antiguos conocidos de ellos (1 Corintios 16.19). Algún tiempo después, trabajaron en Roma (Romanos 16.3). Aún después, lo más probablemente, después del primer encarcelamiento de Pablo por dos años en Roma (Hechos 28.30-31), esta piadosa pareja estaba de regreso en Éfeso trabajando con Timoteo (2 Timoteo 4.19). Dado que, lo más probable es que 2 Timoteo se escribiera después del encarcelamiento de Pablo en Roma, se supone que la última aparición de Aquila y Priscila en el Nuevo Testamento se da en Éfeso. Los viajes e involucramientos de ellos con varias iglesias dejó una estela de gran compromiso con la obra del Señor.

Onesíforo, una persona que lo deja intrigado a uno, visitó a Pablo cuando éste se encontraba en la

cárcel en Roma. Pablo dijo que Onesíforo le había confortado durante esta visita, cuando tantos otros lo habían abandonado (2 Timoteo 1.15-16). Onesíforo pudo darle ánimo a Pablo, cuando más bien era Pablo el que parece que visitaba a los hermanos y el que daba el ánimo. Onesíforo tuvo que buscar a Pablo para encontrarlo, y no se avergonzó del hecho de que Pablo se encontrara en la cárcel (“mis cadenas”). Además, era bien conocido por su servicio para el Señor en Éfeso (2 Timoteo 1.17-18). Éste fue otro caso de compromiso valiente.

CONCLUSIÓN

Hechos es un libro sobre *valentía y compromiso*, ¡no de concesión y conveniencia! Es un libro de *cruzada por Cristo*; es un relato conmovedor de *compromiso con una causa*. Aunque es costoso, algunas veces hasta el punto de tener que dar la vida de uno, el seguir fielmente a Jesús se demuestra plenamente en este libro. Ningún sacrificio fue demasiado grande para los discípulos cuando consideraban los sacrificios que ya habían sido hechos por el Padre y su Hijo. Cada caso de conversión en Hechos, fue un costoso compromiso. Jesús había dicho que el compromiso con él, lo primero que demandaría era el negarse a sí mismo (Mateo 16.24).

Jesús no acepta nada que sea inferior a lo mejor nuestro. El cristianismo a medias es insuficiente. Un corazón no puede estar dividido en devoción parcial a Cristo y devoción parcial al mundo. La amistad con el mundo es “enemistad contra Dios” (Santiago 4.4). La única manera de seguir a Jesús es haciéndolo de todo corazón, cien por ciento, estando absoluta y totalmente entregado a su servicio. El primer y grande mandamiento es todavía, amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (Mateo 22.37-38). ◆

EMPRENDA LA ACCIÓN

“Haga algo. Tiene tres opciones: tomar el liderazgo, seguir a un líder, o ¡dejar de estorbar!”.

“Nadie ha escalado una colina con sólo mirarla”.

“El fracaso no es lo peor de esta vida. Lo que sí es peor es no hacer el intento”.

“El actuar sin pensar es bastante parecido al disparar sin apuntar”.